

San Jacinto, un Proyecto en Marcha

Visita de un padrino a Ecuador

En la provincia de Manabí, en el litoral ecuatoriano, está la comunidad de San Jacinto, rica en sol y calor, en gentes amables y hospitalarias, en mar y playas, pero pobre en agua para su tierra y sus hombres, en cosechas y en recursos, en asistencia sanitaria y educativa.

Para el que llega por primera vez y habla con quienes allí viven sorprende, entre otras cosas, el férreo sentimiento de comunidad que poseen. Este sentimiento, que en nuestra sociedad opulenta, individualista... "civilizada", en la que sólo el éxito personal suele contar, tenemos tan olvidado. Ellos sienten que con sus vecinos y sus hermanos recorren juntos un camino, conocen la solidaridad y el trabajo en común y así consiguen resultados.

Desde hace cinco años algo ha cambiado en el entorno de la Comunidad de San Jacinto, algo se mueve. Algo difícil de parar, porque aunque comenzó a partir de una iniciativa venida de fuera, se está extendiendo y tiene cada vez más fuerza. Allí donde más de mil familias parecían destinadas al abandono, al aislamiento y a la pobreza, como ocurrió con sus antepasados, comienza ahora a haber algo nuevo que se está traduciendo en nuevas escuelas que sustituyen a otras en donde los niños tenían que estar más pendientes de un titubeante techo que de la pizarra. Los maestros ya no tendrán que

atender a cien niños a la vez, y los más pequeños pueden ser atendidos en centros infantiles que la propia gente de la comunidad construyó. Estos centros son conducidos por quienes ellos mismos han elegido, en un sencillo acto de democracia. Promotores y promotoras reciben la formación precisa para cuidar de esos niños o alfabetizar a sus mayores.

Pero aunque con la educación se puede construir el futuro, el presente requiere algo más: hace falta que el campesino pueda conseguir cosechas en una región donde la lluvia es más un recuerdo y un deseo que otra cosa. Que el pescador pueda recoger y vender más larvas de camarón y que el tendero pueda tener algo más que sus estanterías vacías. Hace falta que puedan salir de su pobreza.

Y para ello formaron comités en torno a microempresas con las que conseguir infraestructura precisa para poder procesar la yuca que han de vender.

Pero sobre todo, falta agua, que ahora tienen que comprar a camiones cisterna, pagando cara un agua que pocos nos atreveríamos a beber o incluso dudáramos de utilizar para riego. Hay que conseguir agua para evitar que, como este año, la sequía acabe con todas las cosechas. Hay que tener agua para que las condiciones higiénicas mejoren lo suficiente como para enfrentarse a la úl-

tima plaga de este fin de siglo: el cólera, que imparable, llega desde el sur. Todos hemos oído, desde nuestra lejanía, hablar de él, de las cifras de afectados y muertos —sobre todo en Perú—, pero en Ecuador también hay cólera. En Manabí ya se han detectado los primeros pasos, aunque hasta ahora quién sabe si ya no es así. En San Jacinto, mientras escribo estas líneas, no se han registrado casos aún, pero la inminencia del peligro ha hecho que se hayan tenido que desviar fuerzas y recursos a su prevención. En este momento se está trabajando en ello: terminando las últimas baterías higiénicas en cada escuela, concienciando a la gente de dónde están las posibilidades de contagio, de la importancia de la higiene y del cuidado en la preparación y conservación de alimentos.

Pero a pesar de los contratiempos, se camina, y a buen ritmo. Cuatro brazos

pueden lo que no consiguen dos y así logran terminar una biblioteca donde seguir aprendiendo, instruyéndose, adquiriendo seguridad para dirigirse con decisión a las autoridades del gobierno y luchar enérgicamente por traer el agua preciosa que dé la vida a sus campos, asegure el maíz y la yuca con que alimentar a sus hijos.

Aunque es mucho lo conseguido en poco tiempo, es mucho lo que queda por hacer, para que mucha más gente se beneficie. Y para ello, es preciso mantener el apoyo que estamos dando desde España, sabiendo que todo lo que se haga será respondido allí por docenas, por cientos de personas que trabajan unidas por conseguir un futuro mejor para sus hijos y, en definitiva, para todos nosotros.

Alfredo J. Jiménez Díaz

